

bre la capital, donde reinaba una grande alarma y habia muchas vacilaciones y dudas que se hubieran aclarado en su favor; dando lugar á que el gobierno reuniera los elementos dispersos de su poder y afirmara las bases de su estabilidad, dejándolo todo á la revolucion cuando era necesario violentarle ó aclarar si eran las resistencias de los restos de la última administracion. Por el contrario Comonfort con actividad y diligencia aumentó sus fuerzas, se proporcionó recursos; visitaba los cuarteles, animaba á los vacilantes, y él mismo fué á dirigir en persona las operaciones de la campaña. El ejército, fuerte de 12,000 hombres con cuarenta piezas de artillería, se reconcentró en San Martín Texmelucan, á siete leguas de Méjico; adelantando una brigada móvil al mando de Ghilardi hasta Tlaxcala, punto verdaderamente estratégico, y el cuerpo de ingenieros despues de fortificar la base de operaciones se ocupó en reconocimientos sobre el camino de Puebla; y al fin se dió orden para avanzar sobre aquella ciudad el dia 7 de marzo: el ejército se componia de tres divisiones de infantería al mando de los generales Parrodi, Moreno y Zuloaga, una de caballería á las órdenes del general Portilla, y una brigada móvil á las órdenes del general Ghilardi, cuyo número ascendió con los refuerzos que llegaron despues á 16,000 hombres con 50 cañones. El dia 7 hizo alto el ejército á tres leguas de Puebla, estableciéndose la division Parrodi á la derecha en Rio-Prieto y loma de Montero, con la descubierta en Coronango, formando la derecha; Doblado con sus fuerzas se situó en Ocotlan, centro de la línea, y la izquierda en la hacienda de San Isidro:

la brigada Ghilardi quedaba como de reserva en la hacienda de Santa Inés, donde durmió el presidente.

XXVIII.

Los pronunciados de Puebla advertidos de este movimiento dispusieron salir á campo raso á disputar la victoria á un número cuatro veces superior y con la fuerza moral que les imprimia el apoyo de todos los Estados, donde no habia tenido eco el plan de Zacapoaxtla. Era necesario abrirse camino por la fuerza de las armas, y esto iba á buscar aquel cuerpo escogido de soldados: el número de los que salieron de Puebla ascendia á unos 5,000 hombres escasos con 9 piezas de artillería, y lo efectuaron el 8 antes de que amaneciese, y empezaron á descubrir la línea enemiga como á las ocho de la mañana, haciendo retrocediesen las avanzadas que tenian sobre el camino.

Nosotros que tuvimos el honor de batirnos en esta jornada podemos hablar de ella como testigos. El campo de batalla era una gran llanura dominada por las excelsas cimas del Popocatepetl é Ixtlacihuatl, que orgullosas levantaban sus frentes como animando el orgullo militar de los valientes, ó mostrando sus nieves para enfriar el ardor bizarro en una lucha fratricida y probar su decision. La loma de Montero y cerro de Ocotlan, coronados de tropas y cañones, y ya rotos los fuegos, parecian dos arcos guerreros de humo, fuego, acero y trueno, que convidaban á pasar por ellos á nuestros valientes, aunque resguardados por la muerte, y á conquistar los lauros del

honor militar, que fingian las arboledas lejanas y todo rodeado por las montañas del Valle, digno y gigantesco anfiteatro de aquella lucha que amenazaba ser sangrienta, y sus llanuras cementerio de tantos mártires de la bizarría y del deber.

Nuestro ejército se dirigía en columnas consecutivas de viaje, y sobre la marcha desplegó en batalla por columnas sobre el terreno y frente al enemigo. La derecha la formaba el regimiento de Granaderos á caballo al mando de Bastos, el regimiento de Zapadores á las órdenes de Aljovin, el 3º. de línea á las del coronel Ossollos; el 6º. regimiento al mando de Oronoz; seguía al centro la artillería; despues la Legion de honor, el 10º. regimiento de infantería mandado por Solís, el 11º. dirigido por Miramon, y cerrando la izquierda los escuadrones del activo de Puebla.

Un poco atrás y como apoyando estas columnas estaba un batallon del activo de Guanajuato al mando de Echeverría y el escuadron del mismo punto á las órdenes de Iturbide. Nuestras tropas avanzaban en columnas cerradas y arma al brazo, haciendo repetidos altos para rectificar la alineacion de las cabezas al toque imponente del clarín general de órdenes, y á la vista de las baterías y batallones enemigos. En uno de estos altos prorumpió en vivas al gobierno todo la línea enemiga, y la nuestra correspondió con otros. Un poco despues nuestras piezas rompieron el fuego sobre los enemigos, y es al punto contestado por su artillería superior, que empieza á causar grandes estragos en nuestras filas que cierran los claros y marchan impávidas sobre las bayonetas y fuegos enemigos. Lle-

gadas al alcance de tiro de la metralla y de la fusilería enemiga, el 10º. regimiento á cada metrallazo de las baterías enemigas se arrojaba sobre el 10º. y descomponia sus mitades que se organizaban sobre la marcha: todas avanzaban al toque festivo de diana, que era para muchos el himno fúnebre de su muerte. En estos críticos momentos estábamos con el general Marquez, que fungia como mayor general en el camino en el lugar de nuestras baterías que no cesaban de jugar, y sobre los que dirigía el enemigo un fuego horroroso de cañon, y donde salió herido mortalmente el bravo general Vega, comandante de nuestra artillería. Viendo el general Marquez vacilar nuestros cuerpos de la izquierda, nos manda á comunicar la orden de que redoblen sus esfuerzos nuestros soldados hasta hacer uso de la bayoneta: en un momento estuvimos al lado de aquellos valientes regimientos ya diezmados que retrocedían: en vano les repetíamos la orden que llevábamos; nuestra voz la apoyaba el estruendo incesante del cañon enemigo, el estallido de las granadas y los lamentos de los heridos: fué imposible el que se sostuviesen mas tan cortas fuerzas. La Legion de honor, á cuya cabeza marchaba el general Orihuela, se retiraba en orden admirable como para desmentir la imputacion hecha á nuestra oficialidad, de que no correspondian al valor de los soldados. En estos momentos perdíamos el caballo que montábamos de un cañonazo al llegar á la batería nuestra donde se hallaban los coroneles Argüelles y Calvo, teniente coronel Colina, capitán Inclán, é inmediatamente tomamos otro de la pieza inmediata de la brigada ligera al mando del alférez Srudchsen, para seguir

cumpliendo con nuestro deber. Rechazada nuestra izquierda fué á organizarse fuera del tiro de cañon, y entretanto el primer jefe D. Antonio Haro y el general Castillo se hallaban en medio del campo de batalla afrontando el inminente peligro: recibimos orden del primero para acompañar al teniente coronel Iturbide con su escuadron á Ocotlan donde se iban apagando los fuegos, y comunicar el resultado de aquella accion de nuestra derecha: llegamos á aquel punto cuando acababa de tomarse la posicion y las piezas enemigas, y se estaba haciendo prisionero el batallon activo de Guanajuato: entonces acompañamos al intrépido coronel Ossollos, que acababa de derrotar al enemigo y contribuir tan poderosamente á la toma de la posicion central, para buscar á D. Antonio Haro por llegar en estos momentos el coronel Barreiro de parte del general enemigo Villareal, que deseaba tener una entrevista con el primer jefe; desmintiendo con este hecho lo que se habia circulado de ser nuestras tropas las que pidieron una suspension de armas y una conferencia con D. Antonio Haro, siendo por el contrario el enemigo: encontramos á corta distancia al primer jefe que ya se dirigia hácia aquel lugar. La brigada Zuloaga, que habia recogido los tiradores que se hallaban á izquierda de la loma de Ocotlan, evitando el que pereciesen ó se rindieran, consumada la toma de aquel punto, mostraba todavia amenazadores sus cuerpos veteranos desplegados en batalla frente á San Isidro y prontos á entrar en combate, y formaban izquierda de sus líneas, y estaban divididos de su derecha y el centro roto y disperso. Durante la entrevista entre Haro y Villareal llegó el presidente Comon-

fort sobre el campo de batalla con alguna caballería, y se convino en un armisticio, desocupando nuestras fuerzas reconcentradas en Ocotlan esta posicion tomada, para dirigirse lenta y ordenadamente á Puebla amenazada por la brigada móvil de Ghilardi y sus fuerzas del Sur á las órdenes de Moreno. Esta batalla no fué mas que un triunfo parcial sobre el enemigo por haber tomado la principal posicion, cinco piezas, parque, un batallon y varios oficiales prisioneros; pero con motivo de la retirada al frente del enemigo, y de no haber seguido la batalla que bajo tan magníficos auspicios comenzaba para nosotros, se perdió aquel adelanto, y el enemigo adquirió una victoria moral, pues se quedó en el campo de batalla y marchó despues sobre nuestra retaguardia, haciendo creer á sus soldados en un triunfo que no habian obtenido pero cuyos resultados palpaban. Perdieron en esta batalla nuestras fuerzas unos 500 hombres, y al coronel Aljovin que marchaba á la cabeza de los Zapadores que llevaban el arma al brazo con la bandera del cuerpo en la mano, excitando á sus soldados á despreciar los fuegos de la artillería enemiga para usar de sus bayonetas. Ossollos con su acostumbrada bizarría dirigió su cuerpo y fué uno de los primeros en ocupar la posicion. El regimiento de Granaderos á caballo se batió muy bien; pero los cuerpos de caballería de la izquierda no apoyaron á la infantería y fueron conversando para ser rechazados en uno de los flancos. La pérdida del enemigo fué menor, y entre sus muertos se contó al general Avalos. Esta fué una de esas batallas que acreditan el valor del soldado mejicano por la bizarría con que nuestras fuerzas cargaron mudas sobre los numero-

osos cañones enemigos y sus brigadas de infantería colocadas en posición; teniendo por único parapeto el pecho y por blanco la masa de las columnas: puede colocarse al lado de la Angostura, Gallinero y Tolon.

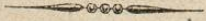
XXIX.

El 9 se acercó á la plaza el enemigo y comenzó sus fuegos de cañon sobre el cerro de San Juan; al otro dia por un diestro y estratégico movimiento en que se batieron todas sus fuerzas se apoderó del Cármen y Garita de Cholula, y obligó á nuestras fuerzas á reconcentrarse abandonando los cerros de San Juan y de Loreto. El enemigo en los dias consecutivos se empleó en formar parapetos, establecer sus baterías, tomar alturas y completar sus líneas de circunvalacion. El dia 14 se intimó rendicion á la plaza, y despues de la negativa jugaron todas sus baterías manteniendo en el aire de tres á cuatro granadas por bastante tiempo, haciendo graves estragos é incendiando nuestros espaldones contruidos con pacas de algodón. El convento de la Merced fué atacado é incendiado para tomarlo el lunes, lo cual afectuó el enemigo despues de una esforzada defensa de su corta guarnicion, saliendo herido el general Ghilardi en uno de sus ataques. Privados de recursos de toda clase, sin municiones, sin auxilio de ninguna parte de la República, sin víveres, sin forrajes para la caballada; sofocados en un pequeño recinto y atacados por un ejército numeroso que se reforzaba diariamente, y estaba dotado de un parque magnífico de artillería, comenzó la desunion en nuestras tropas, y el 21

por la noche D. Manuel Diaz de la Vega, que se habia distinguido en toda la campaña, se presentó en el cuartel general con una comunicacion de D. Antonio Haro, que Comonfort no quiso recibir. El primer jefe renunció el mando que por fin recayó en el general Oronoz, quien convino en una capitulacion con el enemigo en que se decia en uno de sus artículos *que los generales, jefes y oficiales que existen en la plaza, pasarán á residir á los puntos que les designe el supremo gobierno, mientras este determina la manera como han de quedar en el ejército*, interpretando esto de otra manera, ó en el caso de duda se interpretase en favor de los vencidos como se acostumbra en semejantes circunstancias, y al fin resultó que habia de ser en la clase de soldados, yendo á servir en las asperezas del Sur; terrible destierro por las enfermedades y toda clase de penalidades, y los que no se presentasen á cumplir esta condena serian juzgados como conspiradores. Así concluyó esta campaña sangrienta y en ella el presidente Comonfort afirmó su poder y estabilidad, y pudo hacer frente á los futuros disturbios que han agitado el país. Se recibió en la capital con grande entusiasmo al vencedor y se celebró una gran festividad llamada de la Paz, en que se concedieron algunas condecoraciones á los que concurrieron á aquella campaña.

El presidente Comonfort siguió con firmeza por la senda que habia comenzado. La ley Juárez extinguió los fueros; por la llamada Lerdo se intervino en los bienes eclesiásticos; Iglesias dió una sobre la rebaja de obvenciones parroquiales; se han formado calles al través de los conventos, con otras providencias de este género, y llevando

á efecto la ley sobre fueros en personas de alta jerarquía y de la clase mas privilegiada de la sociedad; todo ha llevado el nombre de reformas, y sin embargo con ellas no ha avanzado el pais en su ejército, marina, comercio, agricultura, minería, hacienda; las conspiraciones han continuado sin término, se ha derramado mas sangre mejicana y el porvenir de nuestra adorada patria está todavía muy sombrío. No podemos explayar nuestras opiniones, porque, escrita la mayor parte de estas páginas en una estrecha prision, no podemos juzgar con imparcialidad de aquel gobierno por cuyas órdenes hemos sido conducidos á ella. Pero sí elogiaremos, sean cualesquiera, á los gobernantes que la rijan, á pesar de nuestras convicciones políticas, sacrificando nuestros intereses particulares, si aquellos hacen su felicidad. ¡Ojalá los actuales nos quisieran en este caso tan deseado de nuestro corazon y que pedimos con ardor al Árbitro de los destinos de los hombres y de las naciones de la tierra!



PARTE CRONOLÓGICA

DE MÉJICO.